

## PISTOLA Y CUCHILLO, de Montero Glez.

1

A la entrada de la Venta Vargas, por donde antes aparcaban los coches, le han puesto una estatua. Dicen que es él, pero no se le parece. Además de no reír tampoco canta y ni siquiera tararea. Por si fuera poco, hay veces que a la estatua le falta algún trozo y sé bien que son gitanos quienes los arrancan para luego venderlos. Surgen de lo oscuro y pegan pellizcos a un bronce que por ley no pertenece a nadie más que a ellos. «Al rico camarón de la bahía, al rico camarón de la bahía», vocean con mucho soniquete. «Al rico camarón de la bahía, lo pesco de noche y lo vendo de día».

Nunca murió del todo. Por lo mismo es fácil imaginar su boca riente, abrirse de golpe al escuchar lo que hacen con la estatua. También es fácil que sin apagar el gesto, encendiera un cigarro y aspirase el humo hondo, muy jondo, hasta alcanzar la llaga donde el diablo escupió su veneno. Es verdad, se agarraba al cigarro como el que se agarra a la vida y teme que, la vida, se le fuese a caer de un momento a otro. Bien puede decirse que lo suyo con el tabaco era algo exagerado. Pongamos que una relación extrema, de las que llegan hasta los últimos fuegos y razón por la que siempre cargaba encima su buena reserva. Alrededor de media docena de cajetillas que repartía con astucia entre los bolsillos de la chaqueta y los del pantalón, así como en los calcetines. Nunca ofrecía.

Esto último siempre me pareció un detalle curioso, uno de esos detalles a tener en cuenta por ser chocante en un hombre desprendido a manos llenas. Por ejemplo, si te veía con fatiga, raro era que no andase dispuesto a prestarte dinero, a pagar con el tiempo y sin apuros; incluso podía dejarte las llaves del coche sin ningún tipo de recaudo, o invitarte a comer, a cenar y encima pagarse las copas; sin embargo, lo del tabaco era sagrado para él. Tanto que nunca ofrecía. Es más, si algún desconocido se arrimaba a pedirle un cigarrillo, entonces la cara le iba de la risa al enfado.

Ahora, años después de su entierro, afilo la grosera punta del bolígrafo para recordar estas cosas. Con trazo indecente vuelvo a la noche que nos vimos por última vez, a la entrada de la Venta Vargas, cuando él iba con el pitillo prendido en la boca y la muerte al pecho, como una mala sombra. Es curioso, había previsto tantas veces cómo sería nuestro último encuentro que, cuando sucedió, tuve la sensación de que algo se me estaba repitiendo. Recuerdo que apareció con su chaquetita roja y todo el poderío celestial de un tigre herido, roto por dentro y sin embargo con fuerzas para seguir abriéndose paso en la noche.

Cómo explicarlo de otra manera, si transmitía esa majestad divina que tienen las heridas de guerra y las estampas religiosas. De ahí mi atracción y también mi cautela. No venía solo. Unos pasos detrás andaba el Viejales, que se había quedado cerrando la furgoneta: una destartada Volkswagen de los tiempos de Maricastaña. Rozaduras, chapa con bollos y rueda de repuesto en el frente, pumba, igual a un ojo de broma. No había otra furgoneta igual en toda la comarca y si había alguna, seguro que la del Viejales era más antigua. «De cuando la Faraona era virgen», apuntaba el Viejales con la sonrisa en el bigote.

Pero aquella vez la noche no estaba para bromas y la furgoneta menos, pues parecía no querer cerrar del todo. Al final, el Viejales tuvo que desistir y dejarla abierta. Hizo un aspaviento, extendiendo las manos, como si fuese la primera vez que le ocurría. Luego se quedó un rato pensativo, acechado por las sombras que se apelotonaban en lo oscuro. La bocina de un camión resonó en la tranquilidad de la noche y, como si de un aviso se tratara, el Viejales salió de sus meditaciones y echó a andar hacia la venta. Bien mirado, nadie se iba a llevar aquella furgoneta.

El Viejales y él se conocían de antiguo, de cuando las madrugadas de aguardiente y claveles raspaban en la garganta y todavía la juerga duraba los meses seguidos. La primera vez que se vieron fue a la puerta de la Venta Vargas. Por entonces, el Viejales no era tan viejo y tampoco iba en furgoneta, sino en 600, un utilitario con forma de albóndiga que plagaba las primeras carreteras del desarrollismo español. Era otra época y el Viejales no se dedicaba aún a la manteca de los artistas. Se lo hacía como representante de muebles de cocina. Por tal asunto, cruzaba Andalucía vendiendo encimeras, fogones, salidas de humos, grifería y todo un muestrario de chismes con utilidades concretas. Pues bien, una madrugada de aquellas en las que el Viejales volvía de hacer sus visitas por la comarca, aparcó el 600 a la puerta de la Venta Vargas. Se oía el murmullo de conversaciones que venía de adentro, amanecía pegajoso y las primeras gaviotas se destacaban en el cielo.

El Viejales no hizo más que salir del coche cuando le vino un gitanico, así de repente, llorando y con una guitarra rota entre los brazos. Al Viejales se le antojó una criatura quebradiza, lo más parecido a un polluelo recién caído del nido. El gitanico decía llamarse José y decía también que la sonanta se la había partido un guiri en toda la cabeza. El Viejales no pudo con la pena y se echó mano a la cartera. «Toma», le dijo, plantándole dos mil pesetas de la época. «Toma».

Estamos hablando de cuando la Faraona estaba recién casada y un millón de pesetas, puesto en balanza, pesaba un kilo. El gitanico de nombre José, ante tanta generosidad, no pudo por más que regalar al Viejales su guitarra, una sonanta fábrica Estesio, hecha astillas. Sin embargo, aunque se conociesen a las puertas de la Venta Vargas, la amistad entre ellos no surgiría hasta años después, cuando el gitanico de nombre José se escapó a Madrid con un peine en el bolsillo y una maleta de cuerda.

Dentro de la maleta guardaba las cartas que se escribía con el Cordobés, torero que se puso de moda por aquel entonces. Las llevaba atadas unas con otras igual que los trozos de una reliquia. Por si fuera poco, el amuleto completaba su suerte con una estampa del torero que José había recortado del periódico. Se trataba de una fotografía del Cordobés metido en faena, retando al toro con las rodillas clavadas al suelo y todo el flequillo ye-ye por delante. Según me contó en su día, no paró de mirarla durante el trayecto. En el fondo de su corazón, José albergaba una voz torera que le decía que iba a triunfar en las grandes Plazas. Algo así fue lo que vino a pasar cuando las luces de la capital alumbraron su llegada, esparciendo su sombra por todo Madrid.

Al principio entró a trabajar en Torres Bermejas, un tablao que hay detrás de Gran Vía y en el que el gitanico se cantaba para bailar tres cuadros de niñas cada tarde. Entre un cuadro y el siguiente, se daría garbeos por las calles

cercanas: Silva, Jacometrezo, Ballesta, San Bernardo y cómo no, la famosa Plaza del Callao con su toque de Broadway castizo, encendida por las luces de los cines, de las boîtes nocturnas y de todas aquellas lumis que se ponían bajo las farolas a pintarrajearse los labios. «¿Tienes lumbre?». El parpadeo de una llama ilumina la carne cautiva y la alegría de unas palmas suena al fondo de la plaza. Todo esto a José le entretiene, a la vez que le da seguridad. Es fácil imaginarlo entonces, vestido a la última con su traje de tres piezas y ese solapón abierto, dejando a la vista el pañuelo enroscao al cuello con poesía. Lleva el andar demorado y la mirada atenta, se sabe guapetón y camina rumboso, directo a dejarse enredar con el juego que los trileros se traen en la esquina. «¿Dónde escondo la bolita?».

Aunque joven, ya recoge el pasado en la voz y lo proyecta hasta el fondo de los tiempos, cantando con todo el cuerpo desde el borde de la silla, con rajo largo y transparente, pringado en almíbar para los fandangos y sabroso de sal cuando se tira por cantiñas. Todo Madrid habla ya del gitanico rubio. Los anuncios luminosos empapan sus movimientos siempre al quiebro, como cuando se pone frente al escaparate de unos grandes almacenes para arreglarse el cuello de la camisa, antes de entrar con paso firme en los billares donde busca jugadores que se atrevan a medirse con él. A quinientas pesetas por carambola fallida. En tales retos conocería a Paco, guitarrista de Algeciras; la melena por los hombros y el mirar seguro. Con él haría carambola y ocho o nueve discos seguidos hasta que el cantaor decidió ir a su aire, como le gustaba decir.

Mirado con el tiempo de por medio, lo que el cantaor buscaba era llevar una vida que ninguna ley prohíbe, lo que pasa es que no está del todo permitida, siendo en una de esas corrientes donde se encontraría de nuevo con el Viejales. Si en un principio, cuando era niño, el cantaor le fue al Viejales con la guitarra rota, ahora que acababa de romper con su guitarrista, el cantaor le venía con el mismo cuento pero contado de forma diferente. Bien sabía José que la invención no es otra cosa que un modo alternativo de decir la verdad. Por ello José le vino al Viejales pidiéndole que le buscara cosas modernitas para hacer un longplay, que era como se decían entonces los discos.

El resultado de aquel encuentro sería definitivo para el cantaor, grabando un longplay que llevó por título «La leyenda del tiempo». De portada traía una foto a blanco y negro, cazada al vuelo y con luz escueta donde se puede advertir el perfil concentrado de José; el cigarrillo vivo entre los labios y la sombra de una barba rubia que parece respirar sobre el fondo de plata callada y mucho grano. Por entonces, nadie se atrevía a imaginar que aquel disco se convertiría en pezón saliente donde mamarán todos los futuros artistas flamencos. Pero en un principio, cuando salió a la calle, la gente rechazó el longplay. «Este disco nuevo tuyo no está bien», le paraban a José para criticarle. «El que no está bien es usted», contestaba José.

El trabajo se gestó en Umbrete, en la misma casa del Viejales, entre pescao frito y limones robados a la noche. Para el fogón y la lumbre llamaron a Juan el Camas, de guarnición vendrían los hermanos Amador, Raimundo y Rafalillo, dos gitanos que tocaban a Hendrix con la guitarra de palo. Por si fuera poco y cocinando las bases estaban el Tacita y Rubem Dantas acompañados de la guitarra de un gitano almeriense que, a partir del momento, sería la sombra fiel del cantaor: Tomatito. Para los ajustes finos se subieron a los Madriles, al

estudio de la Avenida de América, un cuarto grande y silencioso en el cual destacaba un reluciente piano con la tapa rayada de luna en polvo. La mesa de sonido donde se registró el trabajo era de veinticuatro canales, detalle que no interesa mucho en este caso pero que entonces significaba tanto como que era la mesa más grande de toda España.

Ahí fue donde José empezó a tomar afición por los cacharritos, una afición que en él no era otra cosa que pasmo por la tecnología. Se daba cuenta de que su voz mejoraba mediante los trastos y los botones; chismes y tenguerengues que le daban seguridad a la hora de ajustarse los auriculares delante del micrófono. Sentía tal inclinación por la tecnología que no había máquina que no intentase destripar. Por eso, si le hubieran dicho que en un futuro no tan lejano todos sus discos entrarían en un chisme tan pequeño como una caja de cerillas, José lo habría creído a pies juntillas. Pero a lo que iba, que el reencuentro con el Viejales daría su fruto, convirtiéndose en leyenda. Con ojo y facundia de tratante, el Viejales montó un artefacto sonoro donde José arrebuja la voz entre seda y lata, sitar hindú, teclas congas, bajo eléctrico, guitarras de palo, zapateo y algo de batería.

Muchos años después de la experiencia, el Viejales intentaría alcanzarle, pero José ya había echado a andar, camino de la muerte, hasta la puerta de la Venta Vargas. Fue la última noche que le pude ver con vida. Llevaba el pitillo sujeto en la boca y una barba de Nazareno que le comía la cara. Apenas le quedaba carne en los huesos y la chaquetita roja le bailaba sobre los hombros. Salí a su encuentro. Recuerdo que me saludó a la gitana, con un beso rozando cada mejilla. «¿Lo has traído, compadre?».

Enseguida percibí el desafío que acompañaba su pregunta, también la desconfianza que le hizo mover los ojos igual que un animal cuando está en peligro.

—Sí, no traigas cuidao, José —le dije—, lo tengo ahí dentro. —Señalé mi coche, aparcado bajo el sombrero de Uralita.

Por sus ojos sobrevoló una nube de ansiedad, como si dudase de mi palabra. Pero le duró poco, lo que tardó en cantar el gallo que esperaba su hora dentro del coche. José percibió entonces el quejido ciego del que se sabe vecino de la muerte y por un momento, le creció la sonrisa. «Déjalo pa luego, compadre, ahora vamos a tomar algo», dijo desplegando su brazo para indicarme que entrara a la venta. Pero no lo hice; fui más cortés que el diablo, cediéndole el paso al Viejales que venía detrás, todo apurado y con las llaves de la furgoneta tintineando en la mano. Así que el Viejales fue el primero que entró en la Venta Vargas, su panza patriarcal por delante y el pelo de plata y rizado en la nuca. Yo entré seguido y José el último.